

BIOPATOLOGÍA DE CARLOS I

Francisco Xavier SANTOS HEREDERO
Comandante Médico

QUIZÁ no sea Carlos I el paradigma de personaje histórico a estudiar desde el punto de vista de su biografía patológica. No padeció enfermedades extrañas ni de difícil diagnóstico, sino aquellas más comunes en su tiempo: la gota, afección de la nobleza, y la malaria que azotaba a prácticamente toda la población del mundo conocido. Por otra parte, no fue un personaje psicopatológico, cuya conducta enfermiza o fuera de lo común tuviera consecuencias en su función de gobernante al estilo de su sucesor, dos siglos más tarde, Carlos II.

Pero Carlos I de España, Carlos V, emperador de Alemania fue, en parte por el azar de las sucesiones dinásticas y en parte por su propia personalidad, la figura más relevante del Renacimiento europeo. Su relevancia no viene dada por el hecho de sus conquistas militares o maniobras diplomáticas en sí, sino porque todas y cada una de estas actuaciones respondían a un objetivo, una misión muy superior a las miras políticas de su tiempo. Carlos I asumió desde su juventud su papel vital: mantener unidos a los pueblos de Europa con el vínculo de la fe cristiana. Esta misión dirigió todos sus pasos con una sinceridad y disposición muy por encima de los intereses temporales que movieron al resto de gobernantes europeos, incluido en ocasiones el propio papado.

El estudio biopatológico de Carlos I descubre, en su morfología y en la forma en que convivió con las enfermedades, algunos de los rasgos más significativos de su carácter. Con él penetra en España un morfotipo real que llega hasta nuestros días. El primero de los rasgos caracterológicos ligados a su patología es la contradicción. En un hombre profunda y sinceramente religioso y con una voluntad de hierro para alcanzar sus metas, sorprende la poca capacidad para superar su principal vicio: la gula. Esta gula,

no sólo fue causa de la agravación de su gota, sino fuente de profundos desasosiegos y remordimientos espirituales. A pesar de ello, nunca logró superarla. Por otra parte, las consecuencias de la gota, fundamentalmente la grave artritis que padecía, no fueron impedimento para participar activamente en las campañas militares, en las que veía que se jugaba el destino de Europa. Por fin, la malaria, enfermedad del pueblo, le acompañó desde su juventud, aunque raramente interfirió de modo destacable en su actividad. Pero cuando fue a buscar el merecido descanso en su retiro de Yuste, el destino le tenía esperando las condiciones epidemiológicas para que el proceso patológico se acelerara hasta llevarle a la muerte.

En Carlos I las enfermedades no determinaron su vida, pero sí le condicionaron e hicieron expresar, en su evolución y modo de sobrellevarlas, el fascinante carácter de un personaje adelantado a su tiempo.

Nace un niño en un retrete

El 25 de febrero del año 1500, festividad de San Matías, en la ciudad de Gante, una señora, en medio de una fiesta, se sintió súbitamente aquejada por fuertes dolores. A pesar de su avanzado estado de gestación y de las recomendaciones de su médico, decidió asistir a la fiesta ataviada con sus mejores galas, a fin de no perder de vista, ni un instante, a su enamorado marido. Sospechaba, no sin razón, que mantenía relaciones con una hermosa flamenca a la que cortejaba asiduamente. Ante la intensidad creciente de los dolores abdominales y creyendo ser una necesidad *fisiológica*, va al retrete. Sus damas empiezan a inquietarse por la tardanza. Alarmadas, intentan penetrar en la pequeña habitación que acoge el evacuatorio, pero encuentran la puerta cerrada por dentro y es necesario abatirla. Cuando por fin logran entrar encuentran a su señora, tumbada en el suelo, presa de los dolores del parto. Rápidamente acuden en su socorro y, allí mismo, a las tres de la madrugada, da a luz a un niño.

El niño fue bautizado con el nombre de Carlos y, de haberlo inscrito en algún Registro Civil, hubieran tenido que hacerlo con los apellidos de Habsburgo y Trastámara. La madre hubiera figurado como una tal Juana Trastámara y Trastámara, de veintiún años de edad.

Él fue duque de Borgoña, señor de Flandes, conde de Barcelona, rey de España, emperador de Alemania. Ella era reina de Castilla. La posteridad los ha conocido con los nombres un tanto inexactos de Carlos V y Juana la Loca.

El niño era feo, fealdad que se acentuará con los años. Como herencia de los Habsburgo y de la casa de Borgoña recibirá de los primeros el labio infe-



G. H. ...

Enseñas e instrumentos belicos.

Reconquista de

Reconquista de Castilla

Reconquista de la Santa Hermandad

Reconquista de ...

Siglos .IV y .XVI

3

rior prominente y, de los segundos, el marcado prognatismo que impedía una correcta oclusión de la boca, afeada además por una dentadura detestable.

Un niño feo y poco espabilado con una educación de lujo

En ausencia de su madre, que regresó a Castilla poco después de su nacimiento, Carlos se crió en los brazos de su nodriza Barbe Servel, de quien escuchó las primeras palabras en la que habría de ser su lengua de infancia y juventud, el francés. A los pocos años una mujer de singular valor sería encargada de dirigir su educación: Margarita de Austria. Cuando Carlos contaba seis años murió su padre Felipe de Borgoña *el Hermoso*, y su madre doña Juana de Castilla agudizó los síntomas de su enfermedad mental. Sin duda la elección de Margarita para hacerse cargo del futuro emperador fue el mejor regalo que los desafortunados padres pudieron hacer a su hijo.

Margarita era hija de Maximiliano I de Austria y María de Borgoña, hermana de Felipe el Hermoso y tía por tanto de Carlos. Había estado casada con el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos y heredero de la Corona de Castilla, del que enviudó a los pocos meses. Se casó de nuevo, esta vez con Felipe de Saboya, del que quedó viuda a los pocos años. Con veinticuatro años y dos veces viuda, debió comprender que su destino no era el matrimonio y decidió no volverse a casar más. A esta mujer le fue encomendada la tarea de dirigir la educación del joven Carlos cuando éste apenas contaba siete años. Tuvo el acierto de escoger para la formación intelectual de su sobrino a Adriano de Utrech, decano de la Universidad de Lovaina. Años más tarde Adriano sería consejero y regente de los reinos de España durante la ausencia de Carlos. El otro preceptor pertenecía a una de las familias más nobles de Flandes, Carlos de Poupet, señor de Chaulx, que se encargaría de su entrenamiento físico. A estos dos se les uniría más tarde Guillermo de Croy, señor de Chievres, que fue el que más contribuyó a la formación de las ideas políticas del futuro emperador.

Carlos no dio muestras de una inteligencia precoz. Era un niño de carácter poco expansivo, reflexivo, tímido, retraído, que en nada anunciaba en lo que se convertiría en el futuro. Su abuelo paterno Maximiliano se enojaba con la apatía y el aspecto bonachón de su nieto. Después de algún tiempo de no haberlo visto, lo encontró en una ceremonia oficial y no pudo disimular su cólera al verlo todo el rato manteniendo la posición de una estatua. En su primera infancia sus gustos se inclinaban más hacia las armas, la equitación y la caza; sus estudios quedaban en un plano muy secundario. Según Jerónimo de Moragas (1970), si Carlos hubiese sido sometido a un test de inteligencia en su infancia, le hubieran declarado inútil *por corto de*

entendederas. Este mismo autor destaca la dificultad del príncipe para las matemáticas, hecho que superó en su juventud gracias a la colaboración de su amigo Francisco de Borja. Aun siendo opinión muy extendida la dificultad para el aprendizaje de Carlos, el desarrollo posterior de su vida demuestra que lo aprendido en Flandes fue mucho y bien sedimentado.

Durante los años de su educación no sintió gran afición por las lenguas muertas y años más tarde se lamentará de no haber aprendido bien el latín. En contraposición dominaba varias lenguas vivas. Su primera lengua, el francés, le sirvió para expresar sus ideas políticas en los documentos y notas autógrafas en que reflexionaba sobre la situación política de Europa en su juventud (Chabod, 1992). El alemán lo habló siempre con dificultad. El castellano lo desconocía por completo cuando llegó a España, pero lo aprendió, y se convirtió en la lengua coloquial y de sus escritos, tanto oficiales como de correspondencia personal. Finalmente, también empleaba con facilidad el italiano.

A pesar del carácter casi apático e introvertido del niño-adolescente Carlos, el buen hacer de su tía Margarita y de Adriano de Utrech le proporcionaron una educación humanista acorde con la imagen del príncipe renacentista. Se hizo un apasionado del arte, de la música y de los libros. Carlos leía habitualmente *Las Consolaciones* de Boecio y *Las meditaciones* de San Agustín. Fue gran amigo de Tiziano y sostuvo largos diálogos con Lucas Carnach. Llegó a convertirse en un gran experto en música y era aficionado a la ornitología y la botánica. Otras de sus grandes aficiones, iniciadas en su juventud flamenca fueron los relojes y los instrumentos mecánicos y científicos, especialmente los relacionados con la navegación y la topografía. Respecto a los relojes, se ha mencionado que se convirtió en una afición casi obsesiva, como reflejo de su conciencia de la futilidad de la vida y las conquistas terrenales. En uno de sus más famosos retratos, el realizado por Tiziano en que aparece el Emperador junto a su esposa Isabel, se reproduce en primer término uno de los múltiples relojes que le acompañaron en sus viajes por toda Europa. Ya en su retiro de Yuste, tras sus primeras oraciones, dedicaba diariamente un buen rato a reparar y manipular estos relojes, acompañado por su sirviente Juanelo (Fernández Álvarez, 1986).

Los estigmas de la familia en un adolescente obligado a madurar

El 5 de enero de 1515 fue proclamada en el palacio de Bruselas la mayoría de edad de Carlos, duque de Borgoña, lo que implicaba el gobierno de los Países Bajos. Carlos era por entonces un joven poco agraciado, de estatura mediana, flaco y con un rostro que de ninguna manera reflejaba la ener-

gía e inteligencia de las que después haría gala. El prognatismo se acentuaba progresivamente y era difícilmente disimulado en un rostro barbilampiño. Esta deformidad dificultaba el hablar al provocar un ceceo manifiesto. Otra característica física del Carlos adolescente y joven, que se ve sistemáticamente reflejada en los retratos de estas épocas es la imposibilidad de mantener cerrada la boca. Esta actitud con la boca abierta debió costarle a Carlos algún sonrojo, pues se cuenta que en cierta ocasión que visitó Calatayud un infanzón se le acercó y le dijo: *Mi Señor, cerrad la boca, que las moscas en este reino son traviesas* (Ríos Mazcarelle, M., 1994). Aunque el prognatismo pudiera contribuir a mantener esta actitud, el hecho de que con el paso de los años desapareciera, como atestiguan los múltiples retratos de la madurez, hace pensar en una posible hipertrofia de adenoides como causa de una respiración bucal. Esta posible adenoiditis, en sus períodos de agudización, causaron al Carlos niño algunos episodios de insuficiencia respiratoria, diagnosticada por el propio Vesalio como asma.

Este adolescente poco agraciado, tímido y huidizo comienza a los quince años su precoz carrera de asunción sucesiva de responsabilidades en un proceso que hará aflorar las características de la gran personalidad que deslumbra a los historiadores por su capacidad de sincera y decidida entrega a su misión. Durante ese año de 1515 Carlos, acompañado de Chievres, toma contacto con la corte de Flandes, famosa por sus suntuosas fiestas y torneos. Poco tiempo tuvo para disfrutar de esa buena vida, pues el 23 de enero de 1516 fallece, en Madrigalejo, Fernando el Católico. Según las malas lenguas, la causa de la muerte han sido unas *hierbas y potajes* que su joven esposa Germana de Foix, siguiendo instrucciones de *hembras sabedoras*, le había proporcionado para potenciar las disminuidas capacidades del sexagenario don Fernando para tener descendencia (González Cremona, 1989).

Una vez muerto el rey Fernando, y dado que su hija doña Juana ha sido incapacitada para ejercer el gobierno, es Carlos quien debe tomar posesión del trono, siempre en nombre de su madre, que conserva la corona como única soberana de Castilla y Aragón. Por ello, el 8 de septiembre de 1517, desde Flesinga, parte una flota de cuarenta barcos, conduciendo a Carlos, su hermana Leonor, el señor de Chievres y muchos otros importantes caballeros, a los que acompaña un enorme cortejo, a la desconocida España. En Flandes deja Carlos a su tía Margarita como Gobernadora.

Como se ha mencionado, ya desde la infancia apuntan en Carlos algunas de las señas de identidad de la rama española de los Habsburgo. Estas características físicas, definidas por Ríos Mazcarelle (1994) como *el estigma de los Habsburgo*, son: el prognatismo mandibular, el desarrollo exagerado del labio inferior y una altura excesiva de la frente. Aunque estas características anatómicas no se han transmitido siempre íntegramente,

cientos miembros de la rama han heredado el prognatismo mandibular sin labio grueso, o éste sin la característica frontal; pero siempre son visibles las marcas hereditarias de tipo familiar. Sin duda la razón de la persistencia de estos estigmas en la gran mayoría de los miembros de la familia a lo largo de los siglos, reside en los continuos casamientos consanguíneos que caracterizaron a la misma. Este hecho, si bien ayudó a mantener los dominios europeos dentro del clan familiar, constituye su propia tragedia, pues contribuyó a ocasionar una paulatina degeneración física y mental que culminó con Carlos II, heredero final de todas las enfermedades e incapacidades de sus antepasados.

Para indagar en el origen de las anomalías morfológicas craneofaciales mencionadas hay que rastrear en la iconografía de los Habsburgo, con la precaución de vigilar posibles alteraciones que los artistas se han visto obligados a efectuar en los retratos, ya sea por interés, por temor o simplemente por halagar a sus regios modelos.

El primer Habsburgo, cuya efigie se da como auténtica es Federico III (1415-1493). La medalla que la reproduce muestra claramente el avance de la mandíbula y un relativo o absoluto retroceso del maxilar superior.

Maximiliano I (1459-1519), hijo de Federico III y de Leonor de Portugal, tenía dieciocho años cuando se casó con la hija de Carlos el Temerario, María de Borgoña. En todos los retratos que se conservan de Maximiliano se refleja el acentuado prognatismo. El retrato que de él hizo Alberto Dürero nos ofrece todas las garantías, pues el pintor, en la parte superior del cuadro deja escrita su certificación: *Este es el Emperador Maximiliano, que yo Alberto Dürero, he retratado en el castillo de Augsburgo, en su cámara, en el piso superior, el año 1518, el lunes siguiente a la fiesta de San Juan Bautista.*

A la edad de diez años Maximiliano tenía tan poca facilidad para articular las palabras que su madre llegó a considerarle sordo. Pero ese defecto fue desapareciendo con el tiempo, y como su nieto Carlos, llegó a dominar el mundo diplomático y asumió el papel de elegido por la Providencia.

El padre de la abuela paterna de Carlos, Carlos el Temerario de Borgoña, tenía el labio inferior muy grueso, al igual que su padre Felipe el Bueno, es el llamado labio bello, que en esta familia no siempre se acompañaba de prognatismo. En este sentido, se podría afirmar que, mientras el prognatismo es herencia austriaca, el labio inferior prominente es borgoñón.

Por otra parte, el examen de los soberanos españoles de la casa de Trastámara nos permite asegurar que también aportaron cierta tendencia prognática a la rama española de los Habsburgo. Se puede comprobar el prognatismo de Enrique II de Castilla (1333-1379) en la estatua funeraria que se encuentra en la catedral de Toledo. Sus rasgos faciales muestran una nariz

alargada y un maxilar inferior prominente. Su hijo Juan II, padre de Isabel la Católica, muestra las mismas peculiaridades en su rostro, como se puede observar en el retrato que se conserva en el Museo del Prado. Aunque doña Juana la Loca no presenta estos rasgos, sí se puede aventurar que los genes Trastámara hicieron su aportación al fenotipo prognático de Carlos I y el resto de los Austrias españoles.

Dueño del mayor imperio conocido

El 17 de septiembre de 1517 la flota real que traía a Carlos avistó las costas de España. Pero no se trataba de Santander, que era el puerto escogido, sino las escarpadas costas de Asturias, en el pequeño pueblo de Tazones, cercano a Villaviciosa. Con lo cual el gran recibimiento oficial preparado en Santander resultó fallido y quienes salieron a su encuentro fueron los humildes lugareños, algo recelosos sobre las intenciones de la flota extranjera. De este modo, como señala Sánchez Alborno, Carlos tuvo ocasión de ponerse en contacto directo con sus nuevos vasallos, sin los artificios preparativos propios de las acogidas oficiales. Tras recorrer diversos pueblos de Asturias y Castilla, por fin llega Carlos a Valladolid el 18 de noviembre. A esta ciudad acudió, al encuentro de Carlos, la segunda esposa de su abuelo Fernando el Católico, Germana de Foix. Entonces debieron comenzar las relaciones de Carlos con una dama del cortejo de doña Germana (Vital, 1952). A esta relación se refiere también Alonso de Santa Cruz, cuando en su semblanza de Carlos V dice: *En el vicio de la carne fue en su mocedad mozo, porque tuvo en Flandes una hija bastarda y en Castilla otra: la de Castilla murió muy niña* (Fernández Álvarez, 1986). La primera de ellas, nacida de la relación de Carlos con Juana van Gheyst en 1522, sería Margarita de Parma, futura gobernadora de Flandes en tiempos de su hermano Felipe II. De la relación con la dama de Germana de Foix nacería la bastarda Juana, que moriría en su primera infancia.

Con motivo de la llegada a Valladolid se celebran múltiples fiestas en homenaje al nuevo monarca. Carlos tomó parte activa en ellas y en uno de los torneos, armado de pies a cabeza, rompió tres lanzas sobre cuatro contra su escudero. Apenas tenía diecisiete años y esta proeza dejó a los espectadores llenos de admiración por la fuerza y destreza que había demostrado el joven príncipe. Pero si el sentimiento era unánime al alabar sus cualidades deportivas, no ocurría lo mismo con respecto a su persona.

Carlos, educado en Flandes, llegaba a sus reinos españoles totalmente ajeno a su lengua y costumbres. En Valladolid pronto se manifiesta el disgusto de los castellanos, pues al igual que su padre, repartió cargos y digni-

dades entre su séquito de flamencos. Por otra parte, al hablar y entender con mucha dificultad el castellano, sus respuestas eran breves y vacilantes, o no respondía, lo que hacía pensar a sus oyentes que su entendimiento era lento y limitado.

A pesar de todo, los castellanos reconocieron a Carlos en las Cortes de Valladolid, así como los aragoneses en las Cortes de Zaragoza y los catalanes en las de Barcelona. Al poco de llegar a esta ciudad, en febrero de 1519, le llegó la noticia de la muerte de su abuelo paterno, el emperador Maximiliano I. Gracias al buen hacer de los banqueros alemanes Függer en pro de la candidatura de Carlos, éste recibió en julio del mismo año la noticia de su elección para el trono imperial. En este momento *las cosas de España* pasan a un segundo puesto y el interés de Carlos se centra en el *fecho del Imperio*. Tras convocar Cortes en La Coruña y obtener los subsidios necesarios, emprende viaje a Alemania para ser coronado Emperador en Aquisgrán.

A partir de este momento, una vez asumidas todas las dignidades reales e imperiales, Carlos despierta de su juventud pasiva, casi abúlica y se convierte en el brazo ejecutor de la misión para la que se cree llamado. Esta asunción de responsabilidades la hará de modo sincero y enérgico, pues no le cabe la menor duda de que está cumpliendo un mandato divino. Unir a la Cristiandad, implicará luchar contra Francisco I de Francia, que no duda en establecer alianzas con infieles y herejes para consolidar su poder. Salvaguardar la verdadera fe católica supondrá para Carlos una pugna sin cuartel contra los herejes protestantes del Imperio. Para proteger a sus vasallos del infiel no dudará en ir al encuentro de Barbarroja y demás piratas de Solimán hasta sus propias guaridas de Argel, La Goleta o Túnez. Esta inmensa misión para la que Carlos se siente elegido le llevará a recorrer sus dominios incesantemente, dejando tras de sí regentes y gobernadores con la confianza, no siempre correspondida, de que sabrán mantener sus líneas maestras de gobierno. En el discurso de abdicación, en Bruselas en 1555, el propio Carlos relata que *nueve veces fui a Alemania, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes; cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fui contra África, las cuales todas son cuarenta...*

Una vez coronado emperador Carlos despliega una actividad casi sobrehumana, necesaria para gobernar a un conjunto de estados diseminados por todos los puntos del globo. A comienzos de 1523 se encontraba en Valladolid aquejado de fiebres tercianas. Al fallar todos los remedios prescritos los médicos le aconsejaron que cambiara de aires y se trasladara a Madrid. Las condiciones climáticas de esta ciudad eran especialmente salubres. Al norte había grandes bosques de robles y pinos que la protegían

de los vientos de la sierra de Guadarrama. Los sanos aires de Madrid lograron reponer al Emperador de una de sus primeras crisis de malaria.

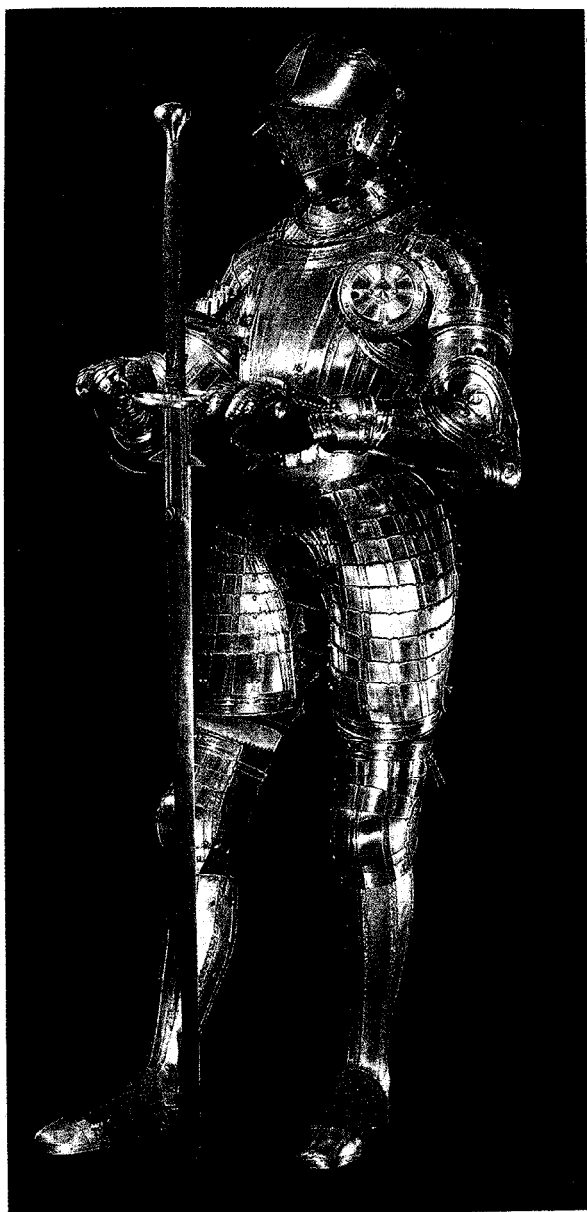
Un embajador de la República de Venecia ha dejado un fidedigno retrato de Carlos I en aquellos años:

El Emperador es de mediana estatura, ni grande ni pequeño. Tiene la piel blanca, más bien pálida que coloreada, siendo bien proporcionado de cuerpo. Las piernas fuertes, los brazos proporcionados, la nariz un poco aquilina, los ojos pequeños. Ninguna parte de su cuerpo es criticable, sino es el mentón y sobre todo la mandíbula inferior que es larga y prolongada, que no parece natural sino postiza; de lo que resulta que cuando cierra la boca no puede juntar los dientes de arriba con los de abajo, pues hay entre ellos el espacio del grosor de un diente. Así, al hablar o acabar un discurso, hay palabras que balbucea y que a menudo no se le entienden. Se adiestra con algunos señores de su corte en los torneos y en los juegos de cañas. Su temperamento es melancólico, sanguíneo, y su naturaleza está de acuerdo con su compleción. Es extremadamente religioso, muy justo, exento de vicios. Las voluptuosidades, a las que generalmente se entregan los jóvenes, no ejercen imperios sobre él, y no se da a ninguno de estos pasatiempos. Va raramente de caza y su único placer es ocuparse de los asuntos de estado. (Sandoval, 1955).

Como se ve, las obligaciones de Estado mucho han cambiado la forma de vida de Carlos. Aunque sus defectos físicos de la boca siguen siendo manifiestos, el aspecto general ya no es el del adolescente desgarbado. Por otra parte, todo aquello que constituía sus actividades principales de juventud ha pasado a segundo plano. La vida ociosa de Flandes ha dado paso a la actividad de estadista. La nota autógrafa de 1523, escrita en Madrid a la espera de las noticias sobre la batalla de Pavía contra Francisco I, es prueba evidente del alto sentido de la responsabilidad de un gran estadista consciente de su papel en el mundo (Chabod, 1992).

Un feliz matrimonio de Estado

Nueve años hacía que Carlos era rey de España y cinco emperador de Alemania. Las Cortes empezaron a mostrarse nerviosos ante los escasos deseos de contraer matrimonio que mostraba el Rey. Intervino entonces doña Leonor, hermana del Rey y viuda ya del rey portugués Manuel I. Concibió



Armatura de Carlos V. Armería Real.

doña Leonor el proyecto de casar a la princesa Catalina, hija póstuma de Felipe el Hermoso, y que acompañaba a doña Juana en su reclusión de Torde-sillas, con Juan III de Portugal y pedirle a éste la mano de su hermana Isabel para el emperador Carlos. Una vez conocido este plan por el Emperador, dio éste su consentimiento para que se iniciasen las conversaciones de la boda.

La esposa elegida para Carlos era nieta de los Reyes Católicos, pues Isabel era hija de Manuel I el Afortunado y de su segunda esposa doña María, hija de Fernando e Isabel. Isabel era esbelta, de ojos almendrados, de abundante pelo rubio, nariz casi perfecta, frente despejada y un rostro ovalado. Carlos, siempre sincero en todas las actividades de su vida, también lo fue en su matrimonio: estuvo profundamente enamorado de Isabel, hecho insólito en los enlaces de conveniencia de la época. Probablemente gracias a este sincero amor, la imagen de la Emperatriz ha podido llegar hasta nosotros. Tiziano —que no la vio nunca— la retrató tres veces por encargo del Emperador. El primer encargo tuvo lugar en Bussueto, en junio de 1543, cuando ya hacía cuatro años que la Emperatriz había muerto. El Emperador, que estaba allí negociando con el papa Julio III, entregó a Tiziano un pequeño retrato de Isabel que llevaba siempre consigo y cuyo autor no se ha podido saber quién era. Con aquel retrato Tiziano hizo el suyo. Desgraciadamente el retrato desapareció en un incendio del Palacio de El Pardo. En Augsburgo lo repitió y éste es el que se puede contemplar en el Musco del Prado y el que acompañó a Carlos en su retiro de Yuste. El último retrato también lo pintó Tiziano en Augsburgo y en él Isabel aparecía al lado de Carlos. Esta obra también ha desaparecido y de él sólo queda una copia de Rubens que hoy pertenece a la colección de la Casa de Alba.

Isabel fue para Carlos, no sólo su esposa y la madre de sus hijos, sino también la persona a cuyo cargo dejó varias veces el reino de España cuando sus obligaciones le obligaban a largos viajes por Europa. Y siempre lo hizo con la seguridad de que Isabel desempeñaba el cargo con rectitud y buen sentido, mereciendo siempre la admiración de su esposo, que tenía en gran consideración su recto juicio y consejos.

Carlos e Isabel se casaron en el Alcázar de Sevilla el 11 de marzo de 1526 y pasaron la luna de miel en Granada, en cuya Alhambra mandó construir el Emperador un palacio que nunca fue terminado. Pronto quedó embarazada Isabel y el 21 de marzo de 1527 en Valladolid, adonde se había trasladado la Corte, tras un parto doloroso y difícil, nacía el futuro Felipe II.

Isabel fue de las pocas Trastámara que se casaron en una edad apta para la procreación —tenía veintitrés años— y desmintió la fama de malas alumbradoras que tenían las mujeres de la casa real portuguesa de Avís. Pero a los treinta y seis años falleció, después de cinco partos. A los dos años de

Felipe vino María, que se casaría con su primo el emperador Maximiliano II de Alemania. Pasaron siete hasta Juana, que contraería matrimonio con don Juan Manuel de Portugal. Después de María comenzaron sus dolencias, probablemente respiratorias: su tez palideció y sus dedos afilados se ensancharon en la punta. Dos años después de Juana nació un niño que también se llamó Juan y que murió a los cinco meses. Dos años más tarde, en 1539, Isabel estaba de nuevo embarazada, el parto se esperaba para comienzos del verano. Pero a primeros de abril se sintió muy enferma y se trasladó a Toledo, a la casa de los condes de Fuensalida. A últimos de abril se puso de parto, dio a luz a un niño y ella sufrió una intensa hemorragia. El niño, que fue bautizado con el nombre de Fernando, falleció a las pocas horas. La Emperatriz mantenía la hemorragia, que fue imposible cohibir y el primero de mayo fallecía. Avisado de la gravedad de su esposa, el Emperador partió de Madrid con toda urgencia, pero no pudo llegar a tiempo para ver con vida a su esposa. Queriendo conservar en su memoria la imagen viva de Isabel, Carlos se negó a ver su cadáver. Encargó a su hijo Felipe y a Francisco de Borja, duque de Gandía, su amigo de juventud, la conducción del féretro hasta Granada, donde reposarían sus restos. El Emperador se retiró al monasterio de Santa María de Sisa.

El doctor Villalobos, que había asistido a Isabel en el parto, se presentó al Emperador pidiéndole la venia para desaparecer de la Corte. Consta que a Villalobos se le murieron varias mujeres tras el parto, en lo que se llamaba *sobreparto*, pero la pérdida de la Emperatriz, a quien admiraba y quería, le hizo expresar su deseo de apartarse de la Corte (Moragas, 1970).

El Emperador no volvió a casarse, pero no por eso dejó de gozar los placeres carnales. A los cuarenta y cinco años tuvo relaciones con *una joven flamenca, rubia y rolliza* (Ríos Mazcarelle, 1994) llamada Bárbara Blumberg. Esta relación tuvo como fruto el célebre Juan de Austria. En un escrito del veneciano Mocénigo, fechado en 1548, se puede leer: *El Emperador siempre ha sido dado, por su naturaleza, a los placeres de la carne, pero jamás se le ha podido reprochar ninguna violencia, ni acción contraria a la honestidad* (Ríos Mazcarelle, 1994).

“*La gota se tapa con la boca*”

Hasta los veintiocho años gozó Carlos de una salud envidiable, tan sólo temporalmente oscurecida por sus vegetaciones infantiles y algunas fiebres tercianas. Pero en 1528 sufrió el primer ataque de la enfermedad que ya le acompañaría el resto de sus días: la gota. Él mismo relata en sus *Mémoires*, dictadas a su camarero Wilhelm van Male, la primera crisis gotosa (Cha-

bod, 1992). La segunda, cuando realizaba su primera entrevista con el papa Clemente VII en Bolonia, en 1530. Pero no fue hasta el cuarto ataque, en 1534, cuando los médicos certificaron que era el doloroso mal de la gota (Fernández Álvarez, 1960). En sus memorias el propio Carlos recuerda hasta diecisiete veces los ataques sufridos.

Antes de analizar cómo influyó la gota en el devenir histórico de la vida del Emperador conviene revisar las consideraciones que esta enfermedad tenía en la ciencia médica de la época. A este respecto el texto médico que más información proporciona es el *Libro delas quatro enfermedades cortesanas* de Luis Lobera, editado en 1544 (Lobera, 1992). La mayor parte de los escritos de este médico, del que se ignoran su fecha de nacimiento y muerte, van destinados a quienes eran o podían llegar a ser sus pacientes: los cortesanos del emperador Carlos. Esto explica que fueran redactados en castellano y no en el latín científico, y la erudición, siempre presente, se ve subordinada en cuanto a la forma, a una pretensión divulgadora. En el *Libro delas quatro enfermedades cortesanas* es intención del autor informar a los cortesanos sobre las dolencias que podían afectarles, proporcionándoles los conocimientos suficientes para su tratamiento sin necesidad de intervención profesional del médico. Los padecimientos que estudia Lobera son los calificados por él de *cortesanos*, por afectar de modo preferente a quienes, por su condición social, ajustaban su vida a determinadas costumbres, en particular de índole dietética. Para Luis Lobera poseerían categoría de padecimientos cortesanos el catarro o *rheuma*, la gota y el *dolor de junturas*, la calculosis renal y vesical y el *mal francés* o *bubas*.

Lobera define la gota, o *enfermedad de junturas*, como entidad nosológica causada por el acumulo patológico de diversos *humores* nocivos en las articulaciones. En cuanto a los factores favorecedores escribe: *por la mayor parte viene la podagra y otros dolores de jûturas enlos principes y personas poderosas q biven en quietud y comê y bevê demasiado*. A lo anterior se une, potenciando sus efectos, lo inadecuado de algunos ejercicios (*hacer rezio exercicio sobre repleccion*) y los abusos en la vida sexual, como taxativamente afirma: *el mucho vso del coito haze muchos daños*. Según Lobera la causa de lo anterior es *porq en el coito se haze gran movimiento en las jûturas, y por el dicho movimiento atrahêse humores indigestos que son la causa de la gota; y también porq el dicho acto hecho sobre replecion se debilita el estômago y no se digiere biê el manjar. Por lo qual se aumentan materias crudas, las que yêdo a las jûturas hazen dolores de gota*. A continuación, parafraseando a Hipócrates, explica la causa por la que las mujeres raramente sufren de gota: *las mugeres no trabajâ tâto en el acto venereo, y porq cada mes se purgâ y limpian de sus superfluydades por el mêstruo, y por alli se expelle el humor que podria yr a las jûturas y hazer gota*.

Quien padece la gota o *mal de junturas*, concluye Lobera, *es por su merimiento: porq comen quâto les viene al appetito y no tienê regla ê vsar de buenos mâjares; y mas quâdo no hazen exercicio.*

Resulta comprensible que partiendo de tal interpretación en las motivaciones de esta dolencia, al margen de los muchos remedios que ofrece para su cura y alivio del dolor, la prevención se atenga a recomendaciones higiénico–dietéticas, las cuales no debieron obtener de sus pacientes favorable acogida. Debieron resultar inútiles en el mayor número de ocasiones aquellas referencias suyas a la *sutil dieta*, a la *constancia en la virtud*, la abstinencia sexual se entiende, a que el paciente *sufra hâbre qâto pudiere.*

A partir de 1534, en que Carlos es diagnosticado de gota, los ataques se hacen cada vez más frecuentes y graves, aunque tan sólo en los últimos tiempos consiguieron inmovilizarle o hacerle variar sus planes bélicos. La *Crónica* de Pedro Girón recoge cómo en el año 1532 el Emperador sufre un intenso ataque gotoso con una espectacular inflamación de la pierna, que hace temer a los médicos la necesidad de tener que amputarla. Pero Carlos se niega a detener el viaje, lo prosigue en silla de mano, y por fin cede el cuadro agudo, aunque queda como secuela una úlcera tórpida. En los períodos libres de ataques, al menos en la década de los años treinta, Carlos mantiene una gran actividad física, participando en varios torneos, como los descritos por Pedro Girón en su *Crónica*, en el año 1535 (Girón, 1964). Pero de nuevo la *Crónica* describe otro ataque de gota en 1540 durante un viaje por los Países Bajos. A pesar de ello los cortesanos flamencos constatan una buena salud en el Emperador achacándola a que *sabe ya mucho a los aires españoles.*

Pero con el transcurso de los años los ataques se hicieron cada vez más dolorosos, hasta el punto de inmovilizarle. Durante la campaña de 1546 se encontraba con su ejército cerca de Nordlingen, cuando se le declara un ataque de gota que le afecta a un pie. Creyendo que la batalla tendrá lugar ese día, no se deja amilanar por los dolores que le aquejan. Se levanta, confiesa y oye misa, después monta a caballo a fin de vigilar de cerca los preparativos del ejército. Según avanza la jornada el ataque gotoso se va intensificando, y sólo apoyar el pie en el estribo, le arranca gritos de dolor. Para aliviar su sufrimiento se ata una banda de tela al arzón de su silla y así puede reposar el pie, continuando de esta forma la inspección del ejército. Durante toda esta campaña los ataques de gota se repiten continuamente. Los médicos le recomiendan que se ponga a régimen, pero la preocupación por el desarrollo de las operaciones bélicas le obligan a posponer cualquier alto en el camino que le permita reponerse. Unas veces en litera, otras a caballo, siempre a la cabeza de sus tropas, continúa al frente de las operaciones.

En 1547, en la ciudad de Ausburgo, se le declara una ictericia que le aparta de los asuntos de estado durante todo el mes de agosto. A la ictericia le sucede la gota, que esta vez le dura hasta la primavera de 1548. Los médicos le recetan una dieta rigurosa que le debilita bastante. La abstinencia le pone de mal humor y se muestra impaciente por recobrar su vida normal. Cuando se siente mejor se va de caza y esta imprudencia le ocasiona una recaída. En la Navidad tuvo otro ataque de gota, tan doloroso que sus gritos se oían en las habitaciones situadas bajo las suyas. Su salud declinaba de día en día. La mirada triste, la respiración entrecortada, la espalda encorvada y las piernas tan débiles que apenas puede caminar. Necesita apoyarse en un bastón para trasladarse de una a otra sala. La mayor parte del tiempo permanece en su alcoba o en la cámara contigua donde había hecho instalar una estufa, tan friolero se había vuelto. Este sedentarismo agravó unas hemorroides que arrastraba de tiempo atrás.

Los ataques que sufrió cuando preparaba la guerra contra Enrique II de Francia, en 1552, fueron fatales para sus planes de recuperación, y el propio médico imperial apuntaba la tímida idea de que hubiera sido preferible, para la marcha de las operaciones, que Carlos dejase la dirección de los asuntos militares en otras manos (Fernández Álvarez, 1986). Lo que Carlos no quiso realizar en 1552, se vio obligado a reconocer en 1556. Para entonces era ya un anciano prematuro, que apenas podía andar, y que malamente podía hacer uso de sus manos, conforme a la degeneración gotosa de las articulaciones. Fernández Álvarez recoge la anécdota de que Carlos no pudo rasgar con sus dedos los pliegos que la delegación francesa, presidida por Coligny, le llevaba para refrendar las treguas de Vaucelles (Fernández Álvarez, 1986).

Si nos atenemos a lo señalado por Lobera, Carlos debía ser un sedentario, un promiscuo sexual o un glotón. Ya se ha visto cómo, sobre todo durante su juventud, desarrolló una intensa actividad física, que no abandonó hasta que la misma enfermedad le inmovilizó. En lo que al sexo se refiere, al margen de la escasa credibilidad de lo apuntado por Lobera, Carlos nunca fue excesivamente promiscuo, para los estándares cortesanos de la época. A pesar de sus tres hijos bastardos conocidos, fue fiel a su esposa, y su relación con ésta nunca tuvo los tintes de excesiva fogosidad que, por ejemplo, caracterizaron las relaciones entre su tío el primogénito de los Reyes Católicos, el príncipe don Juan y doña Margarita de Austria. Las crónicas relatan cómo don Juan, al poco tiempo de casarse presentaba un aspecto deplorable: demacrado y enflaquecido por los excesos sexuales conyugales (Ríos Mazcarelle, 1994). Sobre todo en su juventud, Carlos fue un galanteador y Brantôme en su obra *Las Damas Galantes* escribe que cuando el joven Carlos se acostaba con una dama no la abandonaba sin haber gozado de

ella al menos tres veces. Brantôme no menciona sus fuentes y aunque su obra no es escasa en inexactitudes, algo de cierto debía de haber en los excesos amorosos del Emperador.

El auténtico problema de las constantes indisposiciones del Emperador, en concreto de la gota, residía en la comida. Los médicos le aconsejaban que pusiera freno a su intemperancia, que redujera el número de platos servidos a su mesa y que se abstuviera de comer todo aquello que le perjudicaba. Todos estos consejos los echaba el Emperador en saco roto y no hacía caso de las advertencias que de continuo se le venían haciendo. Sus necesidades gastronómicas eran pantagruélicas. Pero no sólo la cantidad de platos era enorme sino, sobre todo, el tipo de alimentación que hacía era la menos indicada para la gota. Incluso ya en el retiro de Yuste, Carlos pedía frecuentemente que le trajeran las enormes salchichas alemanas, que ingería por decenas. Su alimentación se componía preferentemente de carnes (buey cocido, cordero asado, capón aderezado...), pescados (lamprea...) y platos de caza (liebre al horno, codornices...). Él mismo reconocía tener un ansia incontenible para la comida así como la bebida. Lo habitual era que consumiera diariamente entre cuatro y cinco litros de vino, y otros tantos de cerveza. Como muestra de que le podía más su ansiedad hacia la comida y bebida, las crónicas señalan cómo un italiano llevado a Yuste, del cual se decía que tenía un remedio infalible para su enfermedad, por medio de un cocimiento de hierbas, es despachado inmediatamente cuando intenta prohibir al Emperador que beba cerveza.

Esta voracidad de Carlos no fue nueva en la familia. Su abuelo, Maximiliano I, había acelerado su fin por su falta de sobriedad en el comer. Tal como le había sucedido a su padre Federico, le gustaba de una forma immoderada el melón y fue una indigestión de melón lo que le llevó a la tumba. Carlos no se privaba de comer todo aquello que le gustaba, aunque le fuera perjudicial, y comía sin medida de todos los manjares que eran gratos a su paladar.

El veneciano Navajero, agregado a la Corte Imperial, en un escrito fechado en 1541, deja constancia de la glotonería del Emperador:

El emperador se levanta muy tarde; después de vestirse oye misa privada que, al decir de algunos, es por la Emperatriz. Después de recibir a varias audiencias a oír misa pública, al salir come, ya es casi medio día. Esta costumbre ha dado lugar al dicho "de la misa a la mesa". Come mucho en este almuerzo, demasiado para su complexión y el ejercicio que hace. Se alimenta de manjares que producen humores grasos o viciosos, a los que debe las enfermedades que lo afligen, el asma y la gota. El cree

remediarlo comiendo poco por la noche; pero los médicos dicen que sería mejor para él que dividiera su comida en dos porciones iguales. Cuando se encuentra bien cree que nunca va a caer enfermo y no hace caso de las advertencias de sus médicos; pero cuando se siente mal hace todo lo posible por curarse.

El propio director espiritual de Carlos, el dominico Loaysa, ya elevado a la púrpura cardenalicia, le escribe desde Roma en 1530 haciendo mención a las dos características esenciales del Emperador: *hay siempre en vuestra persona un combate entre la indolencia y la gloria. Espero que con la misericordia de Dios, el amor a vuestro honor y a vuestra reputación, triunfareis de este enemigo natural, que es la tentación de vivir tranquilamente y de perder en vano lo mejor de vuestro tiempo.* Más adelante escribe: *yo os suplico que no comais de todo aquello que os es perjudicial para vuestra salud... Hace algún tiempo Vuestra Magestad deseaba hacer penitencia por sus viejos pecados; esas penitencias sustituirlas hoy resistiendoos a la glotonería, lo que será más meritorio que el cilicio o la disciplina.*

Al analizar las incontenibles ansias del Emperador en el comer y beber no es difícil concluir que podrían ser síntomas de una diabetes no controlada. La gota sería consecuencia de la masiva ingesta de alimentos ricos en ácido úrico, que por otra parte eran los que habitualmente se consumían en las cortes europeas. Los vegetales, las legumbres, los cereales, eran la base de la alimentación del pueblo, mientras que los niveles más altos de la sociedad se alimentaba casi exclusivamente de carnes y pescados. La diabetes sería la explicación más plausible de sus ansias incontenibles. Al menos quedan reflejados dos de los más significativos síntomas de esta enfermedad: la polifagia y la polidipsia. En cuanto al tercero —la poliuria— no se dispone de elementos de juicio para saber si también aquejaba al Emperador.

La gota y la posible diabetes no son las únicas enfermedades que aquejaron a Carlos I. En las crónicas de su reinado se hace mención a un gran número de cuadros patológicos relacionados o no con sus dos enfermedades principales: dispepsia, cálculos, hemorroides, erupciones cutáneas y una importante poliartritis que afectaba al cuello, brazos, rodillas y manos, posiblemente de origen gotoso. Quizá tuvieran su origen en la angiopatía diabética los cada vez más frecuentes episodios de cefaleas, ausencia, desconexión con el medio, abulia, llantos..., que figuran en los informes que recibía Felipe desde Alemania. Su mayor deseo era aislarse, no deseaba hablar con nadie y tan sólo le interesaban sus relojes, que montaba y desmontaba en largas noches de insomnio. Para combatir las cefaleas los médicos aconsejaron que se cortase sus largos cabellos. Su ejemplo fue seguido por todos los nobles de la Corte, imponiendo una nueva moda.



Rodela de Carlos V. Armería Real.

No es de extrañar que este deteriorado estado físico le ayudara a tomar la decisión de abdicar cuando comprobó que su ideal político le sería inalcanzable.

El viejo prematuro entrega el relevo

En el año 1555 las guerras, en las que se vio envuelto Carlos para preservar el Imperio del protestantismo, acababan con la Paz de Habsburgo, en la que se certificaba aquello contra lo que siempre luchó el Emperador: la división del Imperio por causa de la religión. Por otra parte Enrique II de Francia a punto está de entrar en Bruselas y, con la connivencia del papa Paulo IV, demuestra a Carlos que no es posible alcanzar la *Pax Catholica* que había soñado. En sus reinos españoles mientras tanto, la penuria económica era cada vez más grave y ya no podían sostener los ejércitos imperiales como hicieron durante las victoriosas campañas europeas del Emperador. Ante esta situación, consciente de sus limitaciones físicas, con la humildad de quien a todo ha aspirado sintiéndose instrumento divino, reconoce que no es la voluntad de Dios el proseguir con su ideal político y toma su más amarga decisión: abdicar.

El 22 de octubre de 1555 renunció a la soberanía de la Orden del Toisón de Oro en favor de su hijo Felipe, a quien, con ocasión de su matrimonio con María Tudor, ya había cedido Nápoles y el ducado de Milán. Tres días después en una solemne y patética ceremonia transfiere a Felipe los estados de Flandes. Carlos hace entrada en el gran salón del trono en Bruselas apoyado en el hombro de Guillermo de Orange. Este príncipe flamenco se convertiría al poco tiempo en el más encarnizado enemigo de aquel cuyo peso soportaba en su hombro. Ya conocía Carlos la existencia de un partido flamenco contrario a la herencia hispana de Flandes y contra ello alertó a su hijo, ¿pero sabía que su principal cabecilla era Guillermo de Orange? Si lo sabía, ¿quería, con aquella actitud de confianza, someterle a un chantaje moral?

La ceremonia de abdicación fue triste. Tras el anuncio formal de la renuncia hecho por Filiberto, consejero de Bruselas, Carlos se puso trabajosamente en pie y, ayudándose con unas notas, pasó revista a los hechos de su vida. Dijo que cuarenta años antes, en esa misma sala, se había anunciado su emancipación, y allí mismo comenzó su vida pública. A la hora de gobernar encontró una cristiandad dividida y, para intentar unirla, luchó toda su vida. Lamentaba no poder dejar a sus herederos y a sus súbditos un Imperio en paz, que siempre fue su mayor ideal. A la paz, dijo, había sacrificado todo: tranquilidad, vida y las disponibilidades de las naciones. Se

confesó públicamente incapaz para seguir al frente del Estado y mostró su voluntad de entregar sus naciones a Felipe y el Imperio a su hermano Fernando:

Es una carga demasiado grande, que haría sucumbir a los más valientes, para la que ya no me basto después de gastadas mis fuerzas y a causa de mis enfermedades crecientes, pues ya no es sólo la gota la que me consume. Ya había tomado mi determinación la última vez que çestuve en Alemania, pero mis males entonces no eran tan graves y esperaba dar una buena resolución a los asuntos y establecer la paz. Hoy me siento tan fatigado y me veis tan agobiado y enfermo que sería exponerme a ofender a Dios y a los hombres si, no pudiendo seros de más ayuda, persistiese en mantenerme al frente del gobierno.

Terminó sus emocionadas palabras dirigiéndose a su hijo, a quien aconsejó ser fiel a las creencias de sus antepasados y velar siempre por la paz y la justicia. Recordó los errores que cometiera a causa de su juventud, de su terquedad, de su debilidad, pero afirmando que nunca había hecho mal intencionadamente a nadie. Y que si a alguien había faltado, rogaba su perdón.

Cuando acabó, entre los sollozos de los presentes —y de él mismo, que se disculpó por ello— se dejó caer en el sillón, pálido de emoción y agotado. Los testigos cuentan que el Emperador debió interrumpir varias veces su discurso para tomar aliento.

El 16 de enero de 1556, esta vez en sus habitaciones particulares, abdicó en favor de Felipe de todos sus derechos sobre Castilla, Aragón, Sicilia y las Nuevas Indias. Al hablar, expresó su deseo de retirarse y dedicar los días que le quedaran de vida a un máximo acercamiento a Dios. Tres años antes Carlos había escrito a su hijo una carta de su puño y letra, en la que le encomendaba la construcción, sobre el flanco del monasterio de Yuste, de un cuerpo de edificios lo suficientemente amplios para poder vivir con los servidores estrictamente necesarios para un particular. La elección de Yuste como lugar de retiro fue sugerida por los relatos de uno de los hombres de mayor confianza del Emperador: don Luis de Ávila y Zúñiga, comendador mayor de la Orden de Alcántara.

La trampa de Yuste

Tras su abdicación, se retiró a una pequeña casa de Bruselas y de allí se trasladó a Gante, la ciudad en que nació, y se hospedó en una casa que ha-

bía frente al palacio de la Corte de los Príncipes, donde había venido al mundo cincuenta y seis años antes. Tras varios días de descanso, entregado a sus recuerdos, parte hacia la costa de Zelanda y se embarca en Flesinga, en un navío español. Quince días más tarde desembarca en Laredo y allí debe esperar varios días hasta la llegada de sus servidores con los que atravesará Castilla hasta Yuste.

La marcha, como era de esperar, se hizo con mucha lentitud debido al estado de salud de Carlos. Doce días se necesitaron para recorrer la distancia entre Laredo y Valladolid. Unas veces era transportado en litera rodante y otras en una silla a hombros de porteadores, dependiendo del cansancio de Carlos o del estado del camino. En Medina de Pomar la comitiva estuvo retenida varios días pues Carlos no pudo resistir la tentación de degustar un excelente atún que le había enviado una de sus hijas. Como postre se dio un atracón de melones y sandías muy frías, a consecuencia de lo cual tuvo una indisposición. Tras un descanso de quince días en Valladolid dispuso que se emprendiera de nuevo la marcha hacia Jarandilla, a pesar de los consejos que le dieron para que retrasara el viaje. En vano se le hizo ver que Yuste era un lugar húmedo y lluvioso durante el invierno y que no le convenía para sus dolencias, especialmente para la gota. Su impaciencia por encontrarse definitivamente instalado en el monasterio pudo más que las palabras de sus consejeros. A los pocos días de viaje tuvo que detenerse de nuevo el cortejo, pues el regio viajero se sentía aquejado de fuertes dolores gástricos, que sólo se le calmaban con la aplicación en el vientre de paños calientes. Llegado a Medina del Campo aceptó la hospitalidad de un rico banquero que, para honrar a su distinguido huésped, mandó colocar un brasero de oro macizo en su habitación, donde en vez de carbón había puesto canela de Ceylán. El olor y la ostentación de riqueza incomodó tanto a Carlos que ordenó, para rebajar la vanidad del banquero, le fuesen reembolsados íntegramente los gastos de su fastuosa hospitalidad.

La pequeña caravana prosiguió su viaje sorteando las dificultades que presentaban los difíciles caminos y la frialdad y humedad del invierno. En uno de los lugares donde se detuvo la comitiva encontró a un correo que le llevaba dos cubrepiés de seda guarnecidos interiormente de guata. Los encontró tan cálidos y acogedores que ordenó se le confeccionaran, de la misma tela, trajes y ropas de cama, a fin de poder combatir los rigores del invierno. Por fin llega a Jarandilla y allí fija su residencia hasta que queden terminadas las obras de su morada en Yuste. Para combatir el frío y la humedad manda hacer una chimenea en su habitación, donde colocan su estufa de campaña.

La soledad, el aburrimiento y la falta de distracciones le hicieron volver a sus hábitos gastronómicos, saboreando de nuevo el placer de que había

carecido durante la mayor parte del viaje. Coursadas las oportunas órdenes, pronto empiezan a llegar sus preferidos manjares: perdices, salchichas ahumadas, anchoas de Andalucía, lampreas de Sevilla y Portugal, etc. Las truchas que cierto día llegaron a su mesa le parecieron demasiado pequeñas y exigió que el pescado fuese más grande y que le proporcionaron pasta de anguilas para realzar el menú. El arzobispo de Toledo le envía carne de venado, dulces y frutas, *idóneo* para un gotoso y posiblemente diabético. Cuando le comunican que la duquesa de Frías le manda unos guantes, exclama: *Sería necesario que me enviara también unas manos que pudieran llevarlos*. Es evidente que la artritis gotosa le arrancaba esta queja dolorosa. Al llegar a Torquemada su aspecto no debía ser muy bueno pues en la carta que el noble que va al frente de la comitiva, don Luis Méndez de Quijada, señor de Villagarcía de Campos, escribe a Juan Vázquez, dice: *Su M. llegó anoche aquí bueno, pero no mesatisfaze nada su dispusición. Comió ayer muy mal y hoy ha comido mejor. Tiene miedo que le de su gota...* (Fernández Álvarez, 1979).

Confirmando los temores de Carlos, no se hizo esperar el resultado de este régimen alimenticio. Los dolores empezaron por los dedos de la mano derecha, después en la izquierda y en ambas rodillas. Durante una semana estuvo imposibilitado de levantar el brazo para comer o beber. Diez días dura esta crisis, tras la cual queda un prurito intenso en las piernas, que sólo se alivia mediante la aplicación de paños de hilo de lino empapados de una mezcla de agua de rosas y vinagre. Durante este ataque, como en los anteriores, sigue gozando de un apetito voraz. En plena crisis dolorosa reclama salchichas flamencas y aceitunas.

Por fin, el 3 de febrero de 1557, Carlos I abandona definitivamente Jarandilla para instalarse en su nueva residencia. Llegaba a Yuste a las cinco de la tarde del mismo día, siendo recibido por los monjes que, cruz al frente, cantaron un solemne Te Deum.

Yuste toma su nombre de un insignificante riachuelo que a su vez desemboca en un afluente del Tajo. Por su situación forma parte de la comarca de la Vera, valle abrigado al sur de la Sierra de Gredos. Su término medio de días soleados es elevado, aunque no se vea libre de los temporales de agua que tanto hacían lamentarse a los acompañantes de Carlos. Es evidente que el clima, de inviernos soleados y veranos no rigurosos, hicieron fuerte influjo principalmente a través de su amigo don Luis de Ávila y Zúñiga, en el ánimo imperial a la hora de escoger el lugar como su retiro. Pero lo que el Emperador ignoraba es que Extremadura era, como lo ha sido hasta el mismo siglo XX, zona endémica de paludismo. Este hecho es el que lleva a Fernández Álvarez a hablar de *la trampa de Yuste* al referirse al lugar escogido por Carlos para su retiro y que le llevaría a la tumba (Fer-

nández Álvarez, 1979). Es posible que el monasterio estuviese bien instalado, e incluso libre de la epidemia palúdica, pero que las obras ordenadas por el Emperador extendiesen hasta allí los focos de infección, especialmente debido al estanque que mandó construir al pie de la solana de su morada. Este acumulo de aguas retenidas se comprende sería un magnífico habitat para el anopheles.

El edificio destinado al Emperador había sido construido sobre el flanco del monasterio. Estaba compuesto de ocho salas cuadradas. La mitad de la planta baja era un corredor que conducía al jardín con el estanque. El resto de las habitaciones estaban situadas en el piso superior, con dos terrazas semicubiertas. Sabiendo lo sensible que era Carlos al frío, se habían instalado grandes chimeneas en las estancias destinadas al Emperador. El propio Carlos escribe en 1557 a Juan Vázquez de Molina solicitando unas planchas para las estufas que caldeaban su estancia (Fernández Álvarez, 1979).

Su habitación era especialmente austera. Las puertas de entrada estaban pintadas de negro, los muros cubiertos por doseles de paño negro y las cortinas eran del mismo tejido. Dos sillones estaban especialmente reservados para él: uno, montado sobre ruedas, podía trasladarle de una habitación a otra, el otro era fijo y estaba provisto de seis almohadillas y de un soporte para mantener las piernas extendidas.

Con el fin de ocupar su tiempo se rodeó de aquello que le había entretenido a lo largo de los años, sobre todo la relojería y la mecánica. Siguiendo sus instrucciones se construyeron cuatro grandes relojes y un gran número de relojes de bolsillo, en cuya construcción él mismo participó en compañía de su relojero Juanelo. Poseía también un cuadrante solar, instrumentos de matemáticas y de astronomía, así como numerosas cartas geográficas que, a pesar de su evidente presbicia —poseía más de veinte pares de anteojos— consultaba frecuentemente.

Pero al margen de sus intereses espirituales y religiosos, que ocupaban gran parte del día, la gastronomía seguía siendo su principal foco de atención. Le gustaba ocuparse por sí mismo de lo que iba a comer. Continuamente escribe cartas ordenando todo lo relativo al avituallamiento. En virtud de ellas no faltaron nunca en Yuste los pescados de todos los mares, las aves de caza más suculentas de Europa, frutas y conservas de todo el mundo.

En Yuste se levantaba al amanecer, rezaba con su confesor, a continuación se entretenía un rato con sus relojes acompañado de Juanelo. Después llega el barbero y los ayudas de cámara que le asean y visten. Todos los días ordena decir cuatro misas —por su padre, su madre, su esposa y por él mismo— de las que oye una. A continuación solía escuchar los ensayos de la escolanía del monasterio y despachaba asuntos.



Carlos V en la batalla de Mühlberg. Tiziano. Museo del Prado.

A pesar de su firme fe y el celo con que cumplía sus deberes religiosos, sus ansias de comer le hicieron solicitar del Papa una bula que le permitiera hacer una colación antes de acudir a misa y comulgar. Después de la misa llegaba la hora más deseada: la comida.

Organizaba comidas pantagruélicas: treinta platos fuertemente aderezados de especias, que engullía con abundante cerveza y vinos. Carlos devoraba todo con el mismo apetito que en su juventud, si bien lo hacía más lentamente debido a que le costaba mucho masticar por la ausencia casi total de dientes.

Por la tarde, tras la siesta y asistir a un breve sermón, despachaba la correspondencia. Su actividad epistolar fue enorme durante su tiempo de Yuste, muestra inequívoca de que, aun despojado de todas sus dignidades, seguía siendo el jefe indiscutible de toda la familia austriaca, en la que gozaba de una autoridad casi religiosa. Gracias a esa actividad epistolar siempre estuvo al tanto de los sucesos que ocurrían fuera de su retiro, desde la vecina Plasencia hasta las preocupantes noticias que llegaban de los reinos de su hijo (la pérdida de Calais, el peligro de Orán, etc.). Estas noticias no eran más que disgustos para quien se ve impotente para intervenir y tan sólo puede aconsejar, especialmente a su hijo Felipe. Pero probablemente fueron los chispazos luteranos lo que más le inquietaron, con un desasosiego en los últimos días de su vida, bien reflejado en el codicilo redactado el 9 de septiembre de 1558, doce días antes de su muerte (Fernández Álvarez, 1979).

Carlos había llevado a su retiro a un médico de segundo orden, el doctor Mathys, con el que podía discutir las prescripciones para sus dolencias. Le prefería a las grandes eminencias que intentaban, desde su sabiduría, imponerle un control estricto y severo de su régimen de vida, especialmente el alimentario.

Ya en el año 1523 se tienen noticias de algún episodio de fiebre terciana del Emperador. Es posible que el contagio lo sufriera en España, aunque, como era muy frecuente en la época, posiblemente se reinfectó varias veces dada la prácticamente universal distribución del paludismo en la época (los españoles hallaron la enfermedad en tierras americanas en 1632). Por otra parte, en especial en las infecciones por *Plasmodium vivax* el ataque primario puede tardar en presentarse varias semanas o meses e incluso años a partir de la picadura del anófeles. Es fácil que las primeras infecciones (fase exoeritrocitaria primaria) tan sólo cursaran con levísima febrícula. Los enfriamientos, fatigas, etc. pueden provocar que el individuo salga del período de *paludismo latente* y entre en el paludismo clínicamente manifiesto. Éste se caracteriza por los típicos accesos febriles palúdicos intermitentes, de ritmo variable. La intermitencia de la fiebre está vinculada a la liberación periódica de merozoitos, que cada cuarenta y ocho horas en la terciana

(*P. vivax* u ovale) y cada setenta y dos horas (*P. malariae*) en la cuartana, irrumpen en la sangre al cumplirse el ciclo esquizogónico intraeritrocitario de los plasmodios. Las crisis de fiebres palúdicas se caracterizan clásicamente por tres períodos consecutivos: escalofríos, calor y sudoración intensísima. Tras cada crisis es característica la presencia de una gran postración, cefaleas y artralgias. La evolución sin tratamiento de la enfermedad, y en el siglo XVI no la había, es hacia su cronicidad. Esta evolución acompañó, ya desde los años veinte, al Emperador hasta su agravamiento en Yuste. Su sintomatología comprende en lo fundamental la anemia esplenomegálica, desnutrición, paroxismos febriles intercurrentes que conducen a la llamada caquexia palúdica. Ésta se caracteriza por una importantísima desnutrición, intensa adinamia, palidez anémica, ascitis, además de insuficiencia cardiaca, con indiferencia o delirios. Esta es precisamente la evolución que sufrió Carlos I en Yuste.

Con sus altibajos llegó Carlos hasta finales de agosto de 1558 haciendo una vida más o menos normal. En los períodos en que la artritis gotosa le permitía deambular, una de sus distracciones favoritas era pasear junto al estanque construido en el jardín. En agosto, la epidemia de malaria era especialmente virulenta en la comarca de la Vera. El propio doctor Mathys relata cómo *eran muchos los enfermos, muriendo no pocos mozos de Cuacos (aldea vecina a Yuste) y enfermado incluso algunos de los que integraban el servicio del Emperador*. A mediados del mes tuvo Carlos un nuevo, aunque no intenso, ataque de gota, sin que Mathys le concediera mayor importancia. El día 30 comió en la terraza y al rato empezó a sentirse mal: dolores de cabeza, pesadez, mucha sed y calor. Al día siguiente sintió ya temblores, alternando con fiebre que le hizo delirar. Poco había que hacer con los remedios del tiempo. Para auxiliar al doctor Mathys fue llamado el doctor Cornelio, que había asistido muchos años al Emperador y que conocía bien sus achaques. Pero en principio lo que se le aplica son sangrías, que lejos de aliviarle agravan su anemia. Conforme pasan los días, las calenturas arrecian, ya no siguen el ritmo de tercianas o cuartanas, sino que son prácticamente diarias. A mediados de septiembre se encuentra en un completo estado de adinamia, pierde completamente el apetito, hecho que como es lógico sorprende a sus colaboradores (Fernández Álvarez, 1986).

El Emperador, en los momentos lúcidos, comprende que es llegado el momento de disponer sus últimas voluntades. Atosigado por la idea del peligro luterano, dicta su codicilo en el que pide a su hijo su total exterminio. Se hizo leer su testamento y expresa su deseo de ser enterrado en Yuste. Quijada trató de disuadirle de esto y le recomendó que era mejor que se mandase llevar a Granada, junto a los Reyes Católicos. Carlos acabó dejando el asunto a criterio de Felipe II, ordenando que, mientras tanto, se le

enterrase debajo del altar mayor de la iglesia del monasterio de Yuste *la mitad del cuerpo dentro dél y la otra mitad que salga fuera, de manera que el sacerdote que dijere la misa ponga los pies encima de sus pechos y cabeza* (Fernández Álvarez, 1986).

El día 19 de septiembre se le da la extremaunción, que Quijada había intentado retrasar para no intimidarle antes de tiempo; pues ya Carlos había apuntado el miedo físico a la muerte (Tellechea, 1958). El 20 entra en la agonía, y es consciente de ello. Sus últimas horas están minuciosamente detalladas en la carta que su hija doña Juana de Austria escribe a Felipe II (Fernández Álvarez, 1979). Pide a los monjes que le rodean que le lean los salmos. Él mismo se toma el pulso, tan flojo, que le hace menear la cabeza; ya no hay remedio y él lo sabe. Cuando se acercan los últimos instantes, pide el crucifijo con que había muerto su mujer y ordena que se enciendan las velas de los moribundos, entre el dolor de sus fieles servidores. Por fin, a las dos de la madrugada del día 21 de septiembre de 1558 expiró en aquel pequeño lugar de Extremadura el hombre que, adelantándose casi cinco siglos, creyó en la unidad de Europa.

GLOSARIO DE TÉRMINOS MÉDICOS

- Prognatismo*: Desarrollo excesivo del maxilar superior o inferior, o de ambos.
- Hipertrofia de adenoides*: Desarrollo exagerado del tejido ganglionar (vegetaciones adenoides) que existen normalmente en la nasofaringe de los niños.
- Adenoiditis*: Inflamación de las adenoides.
- Labio helfo*: Dícese del que tiene el labio inferior más grueso y vuelto hacia abajo que el superior.
- Fiebres tercianas*: Forma de la fiebre intermitente causada por el *Plasmodium vivax*, en la que los accesos aparecen cada dos días.
- Malaria*: Paludismo.
- Gota*: Estado morbosos caracterizado por el exceso de ácido úrico y uratos en la sangre, y por los ataques dolorosos inflamatorios en las articulaciones, del primer dedo del pie en particular.
- Podagra*: Gota, especialmente la del pie.
- Úlcera tórpida*: Pérdida de sustancia de cualquier superficie epitelial del organismo, con escasa o nula tendencia a la cicatrización espontánea.
- Ictericia*: Coloración amarilla de la piel, mucosas y secreciones, debido a la presencia de pigmentos biliares en la sangre.
- Polifagia*: Hambre voraz o excesiva.
- Polidipsia*: Sed excesiva.
- Poliuria*: Secreción y emisión extremadamente abundantes de orina.
- Dispepsia*: Digestión difícil y laboriosa, y síntomas asociados.
- Cálculos*: Concreciones anormales que se forman en el cuerpo, especialmente en el seno de líquidos contenidos en conductos y reservorios tapizados por una mucosa, compuestos generalmente de sales minerales.
- Hemorroides*: Tumores vasculares formados por dilataciones varicosas de las últimas raíces de las venas hemorroidales; pueden motivar un flujo sanguíneo anal.
- Poliartritis*: Inflamación simultánea de varias articulaciones.
- Angiopatía diabética*: Término general para las afecciones de los vasos producidas como consecuencia de una diabetes.
- Prurito*: Sensación particular que incita a rascarse.

Anopheles: Género de mosquitos huéspedes del parásito palúdico que transmiten por su picadura.

Paludismo: Enfermedad infecciosa endémica producida por especies del género *Plasmodium* y transmitido por mosquitos infectados del género *Anopheles*. La enfermedad se caracteriza por fiebre de diversos tipos: intermitentes, remitentes, tercianas, cuartanas, esplenomegalia y la presencia del parásito en la sangre, en la que invade los eritrocitos, a los que destruye. En los casos de larga duración hay anemia por desintegración de los eritrocitos y finalmente caquexia.

Plasmodium vivax, ovale, malariae: Agentes de las llamadas fiebres tercianas (*vivax* y *ovale*) y cuartanas (*malariae*).

Merozoitos: Espora formada de un esquizonto en la reproducción esquizógena de los protozoos.

Artralgias: Neuralgia o dolor en una articulación.

Anemia esplenomegálica: Anemia caracterizada por el aumento del bazo, leucocitosis y alteraciones de las células sanguíneas. Se presenta en cuadros diversos, como malnutrición, tuberculosis, sífilis, leishmaniasis, etc.

Caquexia: Estado de desnutrición profundo y progresivo, determinado por causas diversas: infecciones, intoxicaciones, tumores, etc.

Adinamia: Falta o pérdida de la fuerza vital o normal.

Ascitis: Acumulación de líquido en la cavidad peritoneal.

Edemas: Acumulación excesiva de líquido subcutáneo debida a diversas causas.

Artritis gotosa: Artritis debida a la gota.

BIBLIOGRAFÍA

- CHABOD, F.: *Carlos V y su imperio*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1992.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: *Memorias de Carlos V*. Edición crítica. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1960; idem: *Corpus Documental de Carlos V*. Vol. IV (1554–1558). Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca, 1979; idem: “La España de Carlos V”, en *Historia de España*. Ramón Menéndez Pidal. Vol. XX. Ed. Espasa Calpe. Madrid, 1986.
- GIRÓN, P.: *Crónica*. Editor Juan Sánchez Montes. Ed. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Historia Moderna. Madrid, 1964.
- GONZÁLEZ CREMONA, J. M.: *Carlos V, señor de dos mundos*. Ed. Planeta. Barcelona, 1989.
- LOBERA, L.: *Libro de las cuatro enfermedades cortesanas*. Ed. Fundación de Ciencias de la Salud y Sociedad Estatal Quinto Centenario. Madrid, 1992.
- MORAGAS, J. de: *De Carlos I el Emperador, a Carlos II el Hechizado*. Ed. Juventud. Barcelona, 1970.
- RÍOS MAZCARELLE, M.: *La casa de Austria. Una dinastía enferma*. Ed. Merino. 2ª edición. Madrid, 1994.
- SANDOVAL, P.: *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomos LXXX, LXXXI y LXXXII. Editor Carlos Seco Serrano. Ed. Atlas. Madrid, 1955.
- TELLECHEA, A.: *Así murió el Emperador*. Boletín de la Academia de la Historia, CXLIII, 1958.
- VITAL, L.: “Relación del primer viaje de Carlos V a España”, en *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. García Mercadal. Madrid, 1952.